

EL SIGNIFICADO DE LA "C" (de Cristiano) EN POLÍTICA ¿QUÉ ES LO ESENCIAL?

Enrique San Miguel Pérez

Catedrático de Historia del Derecho y de las Instituciones
Universidad Rey Juan Carlos. Madrid

Introducción. Una historia de lealtad, es decir, una historia de militancia

Marcel Proust decía que "el pasado no sólo no es fugaz, sino que no se mueve del sitio". Miguel de Unamuno, contemplando a mis paisanos cántabros hace un siglo, sentenció que éramos los mismos desde el principio de los tiempos o, en palabras del gran escritor vasco, "una misma generación que se sucede". En realidad, Unamuno y Proust venían a poner de manifiesto que el tiempo de los seres humanos es una variable emocional, y no acumulativa. Que lo borrable y lo imborrable, no digamos lo imprescindible, no se aloja en el cerebro, sino en el alma. Que no se ha movido del sitio el amor, la generosidad y la donación incondicionales de las mujeres y de los hombres que hacen posible este *II Encuentro Internacional sobre la vigencia del Humanismo Cristiano*. Y que no se ha movido del sitio Oswaldo Payá, sino que permanece en el lugar que la historia reserva a los más grandes: aquellos que empeñaron su vida en defensa de la vida, la paz, la libertad, y la justicia.

El año pasado escuchamos y aprendimos. Yo, mucho. Muchísimo. En *Et in Arcadia Ego*, el primer capítulo de *Retorno de Brideshead*, la novela en la que Evelyn Waugh relata su conversión cristiana, sus protagonistas, Sebastian Flyte y Charles Ryder, estudiantes de Historia en la Universidad de Oxford en 1922, cuando T. S. Eliot publicó *Tierra Baldía*, y Marcel Proust *En busca del tiempo perdido*, y James Joyce *Ulises*, salen a comer al campo. Cuando termina la ingestión de las fresas y del vino, Sebastian contempla el cielo de las Midlands mientras dice: "me gustaría enterrar un objeto precioso en todos los lugares en los que he sido feliz, para que cuando sea viejo, y feo, y decrepito, volver para desenterrarlo y recordar".

Yo desentierro hoy el objeto que enterré hace un año en este Encuentro Oswaldo Payá, en esta formidable expresión de trabajo y de entusiasmo. En 2013 fuimos la "banda de hermanos" del Enrique V de Shakespeare. Pero no fuimos los "pocos, felices pocos" de la arenga de Azincourt, sino muchos y muy felices. Como cristianos, queríamos dar testimonio, pero no aspirábamos a una posición testimonial. Porque tenemos una propuesta de vida y de emancipación para cada ser humano concreto, queremos explicarla, y vamos a defenderla, con respeto y con humildad, pero también con resolución. Y queremos liderar nuestras sociedades convencidos de que, a más presencia y participación de los cristianos, en cuanto tales, más y mejor democracia. Que, a más cristianismo, más y mejor democracia.

Decía Dylan Thomas, en su bellísimo poema "*Fern hill*", que "el sol sólo puede ser joven una vez". Dylan Thomas era galés, y los galeses, como los cántabros, sabemos que el sol es como la fe: existe, pero resulta invisible. El sol en Santiago de Chile, en cambio, además de visible, es joven. Mi convicción plena, después de hoy, es que nuestra joven generación de demócratas de inspiración cristiana será la mejor, la más formada, y la más fecunda de nuestra historia... o será la última. Y que sobre nosotros, sobre quienes nos

encontramos más allá de la mitad del camino de nuestra vida, recae la responsabilidad -nada pequeña- de entregarles una antorcha que todavía siga ardiendo; repito, ardiendo.

Por fortuna, no padezco el síndrome de Casandra, ni soy Giulio Andreotti según Paolo Sorrentino en su película *Il divo*, explicando la "estrategia de la supervivencia". No contemplo otro escenario que el único que soy capaz de pensar: un escenario de presencia y participación; de construcción; de servicio; de transformación; un escenario de liderazgo. Ya sé que, en medio de sociedades que propenden, inevitablemente, a la agonía, cuando no a la confrontación, a la polarización y a la simplificación, los socialcristianos no contamos con especiales simpatías por parte del pensamiento único, ni recursos materiales, ni medios oficiales u oficiosos de comunicación a nuestro servicio, ni complicidades, ni poderes fácticos o no fácticos.

Disentimos. Importunamos. Molestamos. Incomodamos. Obligamos a pensar. Nunca nos damos por vencidos. No acatamos la corrección política. No nos rendimos. No nos resignamos. Somos el "y sin embargo" que Max Weber esperaba escuchar en todo servidor público. Somos leales al ser humano, amigos del ser humano, militantes en el ser humano. Siempre a su favor, y siempre enfrente de todas las formas de tiranía, de discriminación, de exclusión y de marginación que pretenden apartar a la condición humana de la plenitud de su destino.

¿Qué es esencial cuando se trata de defender la vida, la dignidad y la plenitud política y social de la condición humana? ¿Qué es esencial para una plena ciudadanía cristiana? Hace muchos años un amigo me explicó que la Política se reducía a conjugar tres elementos que comenzaban por "P": Programa, Partido, y Plata. Seguramente tenía razón, y yo decidí dedicarme a la Universidad. Opté por la opción más fácil. Esta tarde, trataré de atraer vuestra atención hacia otras "P" que me parecen igual de esenciales.

1.- Pensamiento. Pero pensamiento con Pasión

¿Lo esencial? En esta segunda edición del Encuentro Internacional Oswaldo Payá resulta inevitable recordar la primera de las segundas venidas de la historia. En 1919, apenas cuatro años antes de ganar el Premio Nobel de Literatura, William Butler Yeats, cuyo fallecimiento cumplirá 75 años dentro de diez días, le dio este título a uno de sus más célebres poemas: *The second coming*, que habría de publicar en 1921, el año del Tratado de Londres y la creación del Estado Libre de Irlanda, en su libro *Michael Robartes y la bailarina*. Al final de la segunda estrofa, el escritor dublinés dice: "los mejores carecen de convicción, mientras los peores están llenos de una apasionada intensidad".

Lo esencial, para el cristiano en política, para el demócrata de inspiración cristiana, de identidad cristiana, de acción en clave cristiana, es mantener la convicción, la intensidad, y la pasión. No tenemos un problema de ideas ni de propuestas. Nuestra hoja de servicios al Estado de Derecho, a ambos lados del Atlántico, reviste dimensiones históricas. Pensar en el Estado de Derecho, en la recuperación y consolidación democrática, en la Unión Europea, en la subsidiariedad y en la fraternidad, en políticas económicas y sociales eficientes y equitativas, en el crecimiento con oportunidades, en todo el mundo, equivale a pensar en Konrad Adenauer, en Alcide de Gasperi, en Robert Schuman, en Ludwig Erhard, en Eduardo Frei Montalva, en Aldo Moro, en Carlos Castillo Peraza, en Helmut Kohl, en Patricio Aylwin... Nuestro problema, el resumen del resumen de nuestros problemas, es nuestra falta de fe en

nosotros mismos, en nuestra identidad, en la singularidad de nuestro proyecto. Y yo me pregunto: ¿por qué? ¿Somos menos honestos? ¿Somos más holgazanes? ¿Somos menos competentes? ¿Somos más feos?.

Martin Heidegger le enseñó a Hannah Arendt que había que pensar apasionadamente, porque nada le impedía a la razón conducirse con pasión. Lo esencial, en 2014, para el cristiano, es ser leal a su identidad para conservar la energía que, como decía el Ulises de Tennyson, "en los viejos días movía el cielo y la tierra". Si no somos fieles a nuestras ideas, cualquier vendedor de corbatas, cualquier tribuno de plazuela, cualquier charlatán de cervecería, se convertirá, a nuestro lado, en un líder y en un hombre de Estado. Su intensidad será preferible a nuestra ausencia de propuestas y de iniciativas. Su pasión será mejor que nuestra inteligencia fría y hermética. Su audacia infinitamente más atractiva que nuestra desidia. Como políticos, y como servidores públicos, seremos irrelevantes, por cobardes.

En la segunda de sus *Cartas a Timoteo*, el apóstol San Pablo podía decir, en el final de su vida, "he combatido el buen combate, he llegado al final de mi carrera, he defendido la fe". ¿Y nosotros? ¿Qué estamos haciendo con nuestra vida? ¿Nada? ¿En ese concepto nos tenemos? ¿No tenemos nada que decir, nada que proponer para transformar el mundo, nosotros, que por el mero hecho de existir, todos y cada uno, hemos ya cambiado el mundo para siempre? Entonces, ¿por qué optamos por la vida política, por el servicio público? ¿Qué nos trajo hasta aquí? ¿No están vigentes nuestras ilusiones y nuestros sueños?

Lo esencial es no convertirnos en una galería de intelectuales bonitos. Ya que podemos pensar apasionadamente, pasemos a la acción con la misma pasión. Es verdad que disfrutamos de una muy confortable alternativa, y Jaime Gil de Biedma, el excelso poeta barcelonés, la describe en uno de sus más bellos poemas: *De Vita Beata*:

*"En un viejo país ineficiente,
algo así como España entre dos guerras
civiles, en un pueblo junto al mar,
poseer una casa y poca hacienda
y memoria ninguna. No leer,
no sufrir, no escribir, no pagar cuentas
y vivir como un noble arruinado
entre las ruinas de mi inteligencia".*

Lo que ignoran los exégetas de Jaime Gil de Biedma es que en *Piazza del Popolo*, el poema que le dedicó a María Zambrano, el mismo poeta dice "Cierro los ojos/pero los ojos del alma siguen abiertos hasta el dolor". Mientras mantengamos abiertos los ojos del alma, y abiertos hasta el dolor que señala el umbral del amor verdadero, mientras amemos hasta que nos duela pero, añadía mi padre, Enrique, "seamos libres hasta que le duela a los demás", es decir, mientras respondamos únicamente ante nuestra propia conciencia, una conciencia que pertenece a Dios, seremos portadores de una pasión accesible, civil, cordial, sencilla. Y, como quería Emmanuel Mounier: haremos historia, y no la sermonearemos.

2.- Permanencia: como los juncos salvajes, fuertes sin rigidez, y flexibles sin oportunismo. Pertenencia: somos el tiempo, como decía Borges, nuestro tiempo, y apostamos por él.

Los seres humanos vivimos en dos Estados que se superponen entre sí, cuando no se mixtifican. Uno se llama el Reino Feliz de los Tiempos Finales. Nuestras perspectivas utópicas, pero también nuestra cosmovisión, nuestra conducta, y nuestra manera de entender el mundo, se construyen y se materializan de acuerdo con esa visión de futuro. Y tanto el cristianismo, como el liberalismo o el marxismo, participan de esa concepción lineal de la historia. La historia, pero también la política, se convierten en ciencias del futuro, y proponen la suprema ficción de la utopía: como es un sueño inalcanzable, podemos disfrutar y descansar tranquilos, y reservar a tiempos futuros y generaciones por venir su materialización. La utopía del reino feliz se transforma en la suprema coartada de una conciencia satisfecha, acomodada y adocenada. Y, como decía Baltasar Gracián, si este no es tu tiempo, otros lo serán.

Pero ese reino de aspiraciones e ilusiones deliberadamente dadas por imposibles comparte su existencia con un segundo Estado: el Reino Agorero de las Últimas Horas. Cada coyuntura negativa de la historia, cada revés de la fortuna, cada crisis, sempiterna crisis, no sólo nos abocan a la inquietud, a la angustia y a la incertidumbre, sino que ponen en cuestión nuestras propias creencias y convicciones más profundas. Nuestros mejores sueños sucumben ante cualquier forma de decepción o de contradicción. Nos damos muy fácilmente por superados, por perplejos, por desconcertados. Nos instalamos en el fatalismo. Es más fácil dar las cosas por irresolubles o inevitables que luchar. Y, se diría, más literario dejarse mecer por la historia que liderarla.

Pero los seres humanos somos como *Los juncos salvajes* de la maravillosa película que dirigió André Techiné, en 1994, una historia de final de la adolescencia de los jóvenes protagonistas y de final del ciclo político de la IV república francesa, de identidad y de singularidad. Como los juncos salvajes, nuestras raíces son fuertes, y se encuentran profundamente arraigadas en la tierra. Ni el más brutal de los huracanes podría arrancarnos de nuestro suelo. Pero nuestro tallo no es tan fuerte, porque no desea quebrarse con el viento, sino crecer con sus caricias, ganar la flexibilidad y la agilidad necesarias para no ser víctima de cualquier fractura. Ganar una existencia larga. *Los juncos salvajes* permanecen en el mismo sitio porque han sabido y saben cambiar. La rigidez y el inmovilismo son siempre, además de una irresponsabilidad cívica, una expresión patética de falta de coherencia y de audacia. Y, cómo no, de falta de ideas.

Pero la permanencia, la esencial permanencia de los cristianos en política, exige una lectura lúcida de la historia. Es decir: voluntad de pertenencia. Exige querer el tiempo que somos. La Era de la que venimos, la Era del "Post-it", del anotemos, pero dejémoslo para luego, se obstinó en ser "Post", es decir, en carecer de personalidad propia: y se hizo post-cristiana, post-moderna, post-liberal, post-estatal, post-industrial, post-pública, post-democrática, post-política... y post-post. Vivíamos, pensábamos y sentíamos, siempre, después. Todo cuanto parecía merecer realmente la pena, todo cuanto resultaba sustantivo, había sucedido ya. En el mejor de los supuestos, nosotros éramos sus meros comentaristas, por no decir sus glosadores. Y fin, y el fin, de la historia.

Nada nuevo: ya decía Stendhal, en *La cartuja de Parma*, que cuanto había sucedido después de la muerte de Luis XIV, en 1715, había sido, además de un crimen, una estupidez. Una afirmación tan reaccionaria como acriticamente aceptada. Pero que, con distintos matices, temporales, los seres humanos parecemos sentirnos inclinados a reproducir en

distintos momentos de la historia. El gran escritor cristiano Clive Staples Lewis decía en *Shadowlands*, de Richard Attenborough, que "vivimos en tierras de penumbra; el sol siempre brilla en otra parte". Y, ante nuestra propia historia, en efecto, tendemos a considerar que el sol desplegó ya su mejor luz, antes de vivir en la certeza de que cada minuto de la vida que nos espera es el más importante.

Pero la conciencia pública y la participación política del cristiano son, ahora, y aquí. Hace dos meses, el pasado 9 de noviembre, Gutenberg Martínez, Montserrat Surroca y yo mismo compartimos una mesa en la Jornada Ideológica que organizaron *Unió Democràtica de Catalunya* y su fundación de pensamiento, el INEHCA, bajo el título *Valors i política*. La mesa se llamaba, precisamente *Democràcia Cristiana: ara i aquí*. Una célebre canción galesa de Dafydd Iwan se llama *Yma o Hyd*. Puede traducirse como "Seguimos aquí". Pertenecemos a este tiempo. A este tránsito de época. A la mutación de los paradigmas. A la transformación integral de la existencia. Pero, sobre todo, los demócratas de inspiración cristiana pertenecemos a la esencia de la vida: se denomina cambio.

Como Chateaubriand, en el final de sus *Memorias de Ultratumba*, el sol que al amanecer se eleva sobre los tejados de los Inválidos, que en 1840 acaban de recibir los restos mortales de Napoleón, parece anunciar la aurora de una nueva Era. Como en *La confesión de un hijo del siglo* de Alfred de Musset, lo que desaparece se resigna a abandonar el escenario, y lo que se adivina no se decide a realizar un definitivo acto de aparición. Estamos inmersos ya en la gestación de un mundo más nuevo. Es el nuestro.

3.- Persona. Y Persona integrada por personas, es decir, Comunidad.

¿Cómo vamos a cambiar el mundo? Juntos. Pero asumiendo una tarea. Todas y cada una de vosotras. Y todos y cada uno de nosotros. Esa tarea transformará el sentido de la historia, porque será realizada por una persona. Y no es una afirmación grandilocuente. Ya el gran escritor cristiano y provenzal, Jean Giono, relató en *El hombre que plantaba árboles* la historia de una esas personas que inventaron el mundo en el que vivimos.

Cuenta Giono que en 1910 decidió emprender un viaje a pie por la región en la que confluían los Alpes Marítimos y la Provenza, a una altura de más de mil doscientos metros, en donde no existían más que llanuras monótonas, tierras desoladas en donde, en ocasiones, se agrupaban algunas viviendas miserables, sin cubierta, azotadas por todos los vientos. Encontró entonces a un pastor que habitaba en una casa de piedra, bien armada, limpia y ordenada. El pastor había recogido un saco de bellotas y, tras la cena, seleccionó un centenar. A la mañana siguiente, el viajero observó cómo el pastor abría un surco en un valle, practicaba agujeros, e iba introduciendo las bellotas. No sabía a quién pertenecía la tierra, si es que no era comunal. El pastor confesó que había plantado cien mil bellotas en tres años. De ellas, habían brotado veinte mil. Pero la mitad de ellas se perderían. Así que estimaba que serían diez mil los robles que crecerían.

El hombre se llamaba Elzéard Bouffier. Había perdido a su mujer y a su hijo. Y, desde entonces se había retirado a la soledad de las últimas estribaciones provenzales con sus animales y su perro. Vio que la tierra se moría. Y decidió poner remedio a las cosas. Jean Giono trató de consolarle diciendo que, en treinta años, sus diez mil robles serían un

magnífico legado. Elzéard Bouffier le respondió que en absoluto. Que si Dios le concedía esos treinta años, "habría plantado tantos otros que esos diez mil serían como una gota de agua en el mar".

Jean Giono peleó después en la I Guerra Mundial antes de regresar a Provenza en 1920. Los robles eran ya más altos que él, un maravilloso tapiz de once kilómetros de longitud por tres kilómetros de ancho. Giono comprendió entonces que "los hombres podían ser tan eficientes como Dios en ámbitos ajenos a la destrucción". De hecho, Elzéard le mostró un boque de abedules que había plantado en 1915, mientras Giono peleaba en Verdún.

Una auténtica reacción en cadena había comenzado a producirse. Existía ya un pueblo junto al agua manante de un arroyo que ya no estaba seco. Aparecían nuevas especies con las semillas que ahora esparcía el viento plácidamente. Viajeros y cazadores recorrían el bosque, perfectamente ignorantes del responsable de tanta paz. Entre otros motivos, porque Elzéard no había reclamado ningún tipo de reconocimiento o derecho de propiedad o de usufructo. De hecho, en 1935, una delegación oficial se desplazó a Provenza para visitar un bosque que había surgido "naturalmente". Los robles contaban ya entre seis y siete metros de altura. Un capitán forestal, amigo de Giono, entrevistó a Elzéard, y sentenció: "sabe mucho más que nadie ¡Ha encontrado una forma perfecta de ser feliz!".

Elzéard murió en 1945, con 87 años, en el hospicio de Banon. En la antigua aldea miserable habitaban ya casi treinta personas, de ellos cuatro matrimonios jóvenes. Giono afirma que el despojamiento y el desprendimiento que se derivan del olvido de uno mismo exigen que podamos observar la actuación de un ser humano a lo largo de muchos años. No hay grandeza si no se prolonga en el tiempo, sin trabajo y sin constancia. Dice Giono:

"Si dicha actuación está despojada de todo egoísmo, si la idea que la rige es de una generosidad sin par, si es absolutamente cierto que no ha buscado ninguna recompensa y que, además, ha dejado huellas visibles en el mundo, entonces nos hallamos, sin duda alguna, ante un carácter inolvidable..."

Cuando pienso que un solo hombre, reducido a sus simples recursos físicos y morales, fue capaz de hacer surgir del desierto este país de Canaán, siento que, pese a todo, la condición humana es admirable. Pero cuando llevo la cuenta de toda la constancia en la grandeza de alma y de todo el empeño en la generosidad que han sido necesarios para obtener este resultado, me invade un inmenso respeto por ese viejo campesino iletrado que supo completar una obra digna de Dios".

Crear en la persona y en la comunidad, en su dignidad y en su grandeza, obedece, sin duda, a una profunda voluntad de lealtad al mensaje de Cristo. Pero también al conocimiento de la aventura humana, y a lectura de sus mejores experiencias. Creer en la persona significa, para el político de inspiración cristiana, no aceptar que los términos del debate público se circunscriban a la dialéctica Estado y mercado. Entre otros motivos, porque es antigua, pertenece a las sociedades del cambio industrial, y evoca los episodios más funestos de nuestra historia reciente. Hace ahora un siglo, en 1914, estalló una Guerra Mundial consecuencia del colonialismo, expresión de un mercado que no deseaba límites, y de los delirios imperialistas de las grandes potencias. Del final de la contienda emergieron las

alternativas estatólatras, el estalinismo, el fascismo y el nazismo, que condujeron al estallido de la Segunda Guerra Mundial.

El mundo intentó por dos veces suicidarse cuando se olvidó de la persona y de la comunidad. Y sin la persona y la comunidad, volveremos a reproducir los mismos errores. El culto al mercado y al estado ha modelado nuevas síntesis políticas: una es el jacobinismo de derecha, y se denomina neoliberalismo; la otra es un nuevo capitalismo de estado caudillista, y se llama populismo. No niego la utilidad del mercado para asignar recursos, ni la del Estado para contribuir a la plenitud de la existencia humana. Se hace imprescindible una nueva delimitación del escenario de la vida pública que incorpore persona y comunidad al debate institucional ordinario, y lo convierta en infinitamente más rico, más genuinamente político y, sobre todo, más humano. Y sólo los demócratas de inspiración cristiana estamos realizando este ejercicio de responsabilidad democrática.

Porque persona y comunidad son esenciales a nuestra identidad. Pero, sobre todo, son esenciales al histórico proyecto de la civilización del amor, del perdón y de la reconciliación. Y esenciales al proyecto democrático como horizonte ético. "La esencia de la democracia pertenece a la vida moral", dijo Aldo Moro en su elogio fúnebre de Alcide de Gasperi. La democracia tiene sentido con la persona en el centro. Sin la persona en el centro, la democracia se convertirá en una mera técnica de organización institucional, en un mero conjunto de reglas procedimentales. Y, como en anteriores episodios de la historia, pronto aparecerá quien la considere superada. Mejor dicho: algunos nunca se marcharon, y otros reaparecieron ya.

Nadie más que nosotros va a instalar persona y moralidad en el espacio público. Si nosotros no lo hacemos, nadie lo hará. Ahora y aquí. Es decir: ahora, o nunca.

Conclusión. La Política. Y la Pobreza y la Caridad como sus prioridades.

En *El hombre rebelde*, Albert Camus describía las tareas que aguardaban a los seres humanos removidos en lo más profundo de su alma por la injusticia, por la tiranía, por la arbitrariedad, por todas las formas de dominación y de opresión, y decididos a no rendirse ni resignarse. Como Ulises, el ser humano que optó por la mortalidad frente a la oferta de inmortalidad de Circe, el hombre que estimó que ninguna expectativa de vida superaba la nuda humanidad, preferimos esta vida, porque preferimos la Eternidad, y preferimos viajar hacia Ítaca:

"Nosotros elegiremos Ítaca, la tierra fiel, el pensamiento audaz y frugal, la acción lúcida, la generosidad del hombre que sabe. En la luz, el mundo sigue siendo nuestro primero y nuestro último amor. Nuestros hermanos respiran bajo el mismo cielo que nosotros, la justicia vive. Entonces nace la alegría extraña que ayuda a vivir y a morir y que nosotros rechazamos en adelante aplazar para más tarde. En la tierra dolorosa, ella es la cizaña incansable, el amargo alimento, el viento duro venido de los mares, la antigua y la nueva aurora. Con ella, a lo largo de los mares, la antigua y la nueva aurora. Con ella, a lo largo de los combates, reconstruiremos el alma de este tiempo..."

Esa tierra fiel y dolorosa, ese pensamiento de los valientes y de los austeros, esa acción leal a la conciencia, esa alegría de la compasión, esa insuperable sensación de estar

aquí, con todas vosotras y con todos vosotros, ese mundo que compartimos, y con él la tarea de ganarlo para Jesucristo, se denomina Política.

Esencial es que la política, que la actividad que bajo cualquiera de sus manifestaciones hemos adoptado con el objeto de transformar el mundo para la plenitud de la grandeza de la condición humana, recuerde que también sus prioridades empiezan por "P". Y que, por delante de todas, se encuentra la Pobreza. Bajo cualquiera de sus formas. Hacer política, para un demócrata en cuanto cristiano, significa vencer a la apatía y a la indiferencia para optar por la presencia y participación. Hacer política significa que cualquiera de nuestros conciudadanos debe saber que, por débil, vulnerable, enfermo, parado, marginado o excluido que se encuentre, nos tiene a nosotros, y a su lado. Que nuestra vida no será plena, ni entendible, ni aceptable, mientras no lo sea la suya. Decía Dostoievski en *Los hermanos Karamazov* que, si no nos salvamos todos, si no trabajamos para la emancipación terrenal y la Salvación eterna de todos y cada uno de nuestros hermanos, poco sentido tiene que se salven uno o algunos.

Camus tenía un último mensaje para el futuro de una humanidad emancipada "dar, siempre que se pueda; y no odiar, aunque se pueda". Con determinación, con esperanza, con alegría, con justicia, con pasión, y con generosidad, vamos a ofrecer al mundo lo que somos, lo que queremos, y lo que tenemos. Vamos a proponer nuestra alternativa. Cultura y vida, estilo e identidad. Estamos juntos, compartiendo y compadeciendo la existencia. Decía Edith Piaf al final de su *Himno al amor* desgarrado, compuesto en memoria de Marcel Cerdan, que "Dios reúne a los que se aman". Estamos aquí porque nos queremos, con todo el corazón, y con toda la resolución.

Aleksandr R. Beliáiev, un escritor ruso nacido en 1884 en Smolensko, que murió trágicamente, de hambre, durante el asedio de Pushkin por los nazis, en 1942, es conocido por sus relatos fantásticos. Uno de los más desconcertantes se llama *El día del Juicio Final*. No se trata de una alegoría de la obra culminante de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, sino de una maravillosa metáfora de nuestra Era, una historia que se desarrolla en la Alemania de Weimar, y que protagonizar Maramballe, un periodista parisino.

El supuesto del que parte Beliáiev es fascinante. Una mañana, estando en los aposentos del hotel en el que reside en Berlín, Maramballe enciende una cerilla para fumar un cigarrillo. Tras escuchar el chasquido del fósforo aguarda a que aparezca la llama, pero ello no ocurre hasta que transcurren cinco minutos. A partir de ese momento, su personalidad se desdobra: cada vez que emprende una acción -levantarse, caminar, abrir o cerrar una ventana-... su propia imagen no se manifiesta hasta que transcurren cinco minutos. Es él mismo, pero cinco minutos después. O, acaso, son él y su propio fantasma, separados el yo que adopta una decisión y el yo que la pone en práctica. La dueña del hotel, Frau Neukirch, es presa de un ataque de pánico cuando, después de salir a un pasillo, se ve a sí misma caminando por él cinco minutos más tarde. Y anuncia al escritor francés que ha llegado el día del Juicio Final, que podremos reconocer los humanos porque será aquél en el que veamos a nuestro yo en pleno Valle de Josafat.

Es sabido que los seres humanos podemos contemplar las imágenes en tiempo real gracias a la extraordinaria velocidad de la luz, más de trescientos mil kilómetros por segundo. Percibimos los objetos que nos rodean porque éstos reflejan la luz. Pero en el relato, como los extraordinarios científicos alemanes que obtuvieron dieciséis Premios Nobel, entre 1918 a

1933, descubren, la luz tarda ahora seis minutos y cincuenta y ocho segundos para desplazarse un metro.

Las causas pueden ser muy diversas: la reducción de la velocidad de la rotación terrestre podría ser una de ellas, pero ello comportaría un incremento de la fuerza de la gravedad que no se ha detectado. También es posible que el sol haya penetrado en una región del espacio en donde la velocidad de su luz sea más lenta debido a una singular curvatura del ámbito cósmico, o a la inestabilidad de los escenarios interestelares.

Eso significa que, aunque los seres humanos pueden seguir comunicándose con normalidad, escuchando sus respectivas voces sin ninguna perturbación, los hechos y los actos a los que se refieren en sus conversaciones aparecen con cinco minutos de retraso. Así que la vida se desarrolla en dos plazos sucesivos: el hablado, y el visto. Sin embargo, los alemanes, y con ellos todos los europeos, se adaptan. Caminan por la calle dando voces de advertencia para evitar colisiones, gritando "¡voy, voy!", y las alamedas berlinesas se transforman en una reproducción de las vías al tránsito rodado. Las transacciones en los bancos, y en las tiendas, siguen realizándose, aunque el papel moneda y los artículos se manifiesten con cinco minutos de retraso. La base de la continuidad de la convivencia y del proyecto de civilización es la confianza. Esa confianza se sostiene, inmutable. Y la vida humana prosigue.

Pero, de forma paulatina, la velocidad de la luz sigue reduciéndose. Los cinco minutos se van convirtiendo en horas. Al principio una, después dos, más tarde tres... Los serenos ciudadanos alemanes deben anticipar su existencia: encender por las noches las luces que deberán alumbrarles por la mañana, o las máquinas con las que trabajarán en la jornada siguiente... Y, naturalmente, no os contaré el final de la historia.

Los cristianos, como los protagonistas del asombroso relato de Beliaiev, podemos convertirnos hoy en esos berlineses que se desdoblan en sí mismos y sus propios fantasmas. Resignarnos a una existencia escindida, cínica, carente de toda forma de autenticidad. Pero la política, para el cristiano, es como el soplo de primavera que despierta al *Ossian* de Macpherson, el mismo bardo escocés cuyas historias lee el *Werther* de Goethe y de la ópera de Massenet. El joven Werther se pregunta por qué le ha despertado ese murmullo de la primavera, de la estación de la Democracia Cristiana, mientras sobre su frente disfruta sus caricias. Y, al mismo tiempo, sabe también que se aproxima el tiempo de la inquietud y de la tristeza. Werther no resiste el amor, y sucumbe en una forma que será reproducida hasta el paroxismo por toda una generación.

Pero a la pobreza, y a las pobrezas, no nos enfrentamos con un amor que es desesperación, sino con el amor fraterno, que es resolución y esperanza. Los cristianos pertenecemos a lo imprevisto, somos del asombro, elegimos siempre lo posible frente a lo probable, y lo difícil frente a lo fácil. Como el general della Rovere, que Roberto Rossellini llevó al cine en 1959, ese genial impostor que, en el final de la Segunda Guerra Mundial, sabrá dar la vida por sus hermanos, pensamos que dificultad es el otro nombre del deber; sabemos que, ante cualquier incertidumbre, elegir la alternativa más compleja conduce siempre hacia la solución. Y no existen en nuestro vocabulario dos palabras que Jesús nunca pronunció: la primera es éxito; la segunda, fracaso.

Hace más de ocho décadas, en la obra que le dedicó al Pacto de San Sebastián, que hizo posible el nacimiento de la II República Española, Manuel Carrasco i Formiguera, líder

de *Unió Democràtica de Catalunya*, fusilado por el franquismo durante la Guerra Civil, víctima de la violencia totalitaria, como tantos cristiano-demócratas en nuestros países, reclamaba que "los pueblos sean libres, para sentirse todos más hermanados al objeto de hacer la obra magna y conjunta de la paz, del progreso, y de la fraternidad universal". El mensaje de Carrasco i Formiguera conserva toda su vigencia. Hace casi exactamente medio siglo, el 21 de junio de 1963, en este mismo edificio venerable, en el Salón de sesiones del Senado, el senador Eduardo Frei Montalva recordaba al Papa Juan XXIII, tras su fallecimiento, y nos recordaba a todos, que "el mundo no tiene otra solución que la comunidad: la paz y la convivencia no tienen otro camino que la solidaridad, sin reservas. Lo que durante siglos pudo parecer especulación filosófica, es hoy hecho real y tangible, una nueva forma de la historia".

¿Existe mejor forma de hacer posible la fraternidad por la que lucharon y murieron líderes cristianos como Carrasco i Formiguera, y Frei Montalva, que explicitar la esperanza y fraternidad que alumbraron su compromiso? No nos vale cualquier forma de amor. Queremos el amor que nos enseñó Cristo, un amor que se dirige a personas con nombre, rostro y corazón, un amor que es constante y es fiel. Albert Camus se quejaba hace ya más de medio siglo de que:

"Los hombres de Europa, abandonados a las sombras, se han apartado del punto fijo y radiante. Se olvidan del presente por el futuro, de los seres apresados por el humo del poder de la miseria de los suburbios por una ciudad deslumbrante, de la justicia cotidiana por una verdadera tierra de promisión. Desesperan de la libertad de las personas y sueñan con una extraña libertad de la especie; rechazan la muerte solitaria, y llaman inmortalidad a una prodigiosa agonía colectiva. Ya no creen en lo que es, en el mundo y en el hombre vivo; el secreto de Europa está en que ya no ama la vida".

Nosotros creemos en el amor, porque creemos en la vida. Creemos que el amor es fecundo. Que el amor saber crear. Enrique Vila-Matas, gran escritor catalán, enumera sus debilidades, comenzando por su propia volubilidad, así como "la fragilidad de nuestro cuerpo, la abrumadora mezquindad que domina la vida social, la trágica soledad en la que en el fondo vivimos todos, los reveses de la amistad, la monotonía e insensibilidad que trae aparejada la costumbre de vivir". Amar no basta si no sabemos por qué amamos. Y podemos recordar a Juan Ramón Jiménez en *Tiempo y espacio*:

"Cuando besamos a nuestra mujer en la boca besamos en ella la boca de Dios, todo el universo visible e invisible, y el amor es el único camino de la eternidad y de Dios. En realidad, yo creo que no hay otra eternidad que el amor, y si sentimos la muerte como un defecto es porque nos quedamos sin acción de amor, porque nuestra boca ya no puede ponerse en contacto voluntario y dinámico con la boca del mundo".

Hace ahora treinta años apareció *Mirror moves*, el cuarto álbum de la banda británica de pop *Psychedelic Furs*, *Mirror moves*. La primera cara de mi viejo disco de vinilo comenzaba con una canción llamada *The ghost in you*. La canción la protagoniza un hombre que ignora las señales de circulación. Y que sabe que todos los periódicos no dicen la verdad hoy, porque la noticia del día, como él mismo recuerda, "es que me he enamorado de ti".

Esa es y será, siempre, la noticia más importante para un cristiano. "Conocer y amar a otro ser humano -decía Evelyn Waugh en *Retorno a Brideshead*- es la raíz de toda

sabiduría". Cuando en plena Segunda Guerra Mundial Charles Ryder regresa en 1944 a la mansión de Brideshead que conoció en su juventud, se dirige a la bellísima capilla en la que rezaba su amigo Sebastián junto con su familia. Para su sorpresa, como hombre sin creencias religiosas, carente de fe o de meras ilusiones, descubre que en la capilla sigue ardiendo, en una lámpara de cobre de un diseño deplorable, una modesta llama. Entonces, se arrodilla y trata de componer una oración. Cuando abandona la capilla, se encuentra mucho más contento, tal y como le hace notar Hooper, su ayudante. Ryder acaba de descubrir que el amor, para el cristiano, es incomprensible sin la Presencia de Jesucristo, una presencia que se hace inequívoca cuando nos reunimos en su nombre. Por cierto: Presencia se escribe con "P". Una gigantesca "P".